

El mundo según André Gunder Frank¹

GIOVANNI ARRIGHI *

RESUMEN: Dirigido a realizar un balance panorámico de *ReORIENTE*, Giovanni Arrighi en este ensayo –que continúa la trilogía que abrimos con la contribución de Samir Amin en nuestro número anterior–, primero, formula el reconocimiento de que con su última obra Gunder Frank ha realizado una aportación histórica justo porque ha demostrado, como nunca nadie antes, la existencia de toda una economía global, previa a la hegemonía de Occidente, centrada en Oriente y, dentro de ella, específicamente en China, desde el siglo XV. Sobre la base de este reconocimiento, pasa a cuestionar la forma en que Frank rechaza el eurocentrismo planteando que, además de la inconsistencia que introduce su periodización, puesto que supone la existencia de una fase oriental de auge como premisa de una ulterior fase occidental de auge, implicando la inexistencia de una fase de contracción, proyecta una visión economicista, unilateralmente basada en el mercado mundial, sin asumir el profundo impacto del poder político-militar para la edificación de la hegemonía europea.

Como Bin Wong expresó en su presentación para la cubierta del libro, *ReORIENTE* de André Gunder Frank contiene un “implacable impulso hacia la redefinición de nuestro sistema de pensamiento sobre el origen de la economía moderna”. Asimismo, como Mark Selden sostiene en su propia presentación, constituye “la corona de toda una vida de erudición iconoclasta”. En ambos terrenos merece, y sin duda recibirá, la mayor atención. Como correctamente insiste Frank, nuestra reflexión sobre el origen de la economía moderna es inseparable de nuestra comprensión del presente como historia mundial. Pocos estudiosos, debemos añadir, han hecho tanto como Frank para hacernos pensar el presente como historia mundial.

La economía global de Frank, 1400-1800

El mayor logro de Frank en *ReORIENTE* es haber ensamblado sistemáticamente como nunca se había hecho la abundante –y todavía ampliamente ignorada– evidencia de la existencia durante el

¹ Traducción realizada por Carlos Valdés y Luis Arizmendi.

* Profesor de la John Hopkins University. Fue colaborador cercano del Fernand Braudel Center de la Universidad de Binghamton en Nueva York; catedrático en la Escuela de Formación en Sociología de Milán en Italia y la Universidad de Salisbury en Rodesia. Autor con gran presencia en el debate internacional de frontera en historia. Su máxima obra *El largo siglo XX* (Akal, 1999). Agradece a Chris Chase Dunn, Po-keung Hui, Ho-Fung Hung y Beverly Silver por sus útiles comentarios al borrador inicial de este ensayo.

periodo de 1400-1800 de una economía global centrada en Asia, y, dentro de Asia, en China. La prueba de la existencia de una economía global viene principalmente del sistema multilateral de intercambios comerciales y flujos financieros que vincularon las principales regiones de Afro-Eurasia unas con otras y, después de 1500, con América también. La prueba de la centralidad de China proviene de dos fuentes principales: la persistencia durante esos siglos de un superávit en la balanza comercial de China, que hizo de ella el “vertedero final” del dinero mundial (plata), y el hecho de que conformara la economía de mayor tamaño en comparación con todas las otras regiones del mundo en ese periodo.

En esta concepción de los inicios de la economía global moderna, el lado anverso de la centralidad de China lo constituye la remisión a la periferia o, mejor dicho, a la marginalidad de Europa. De hecho, a lo largo del libro, Frank destaca implícita y explícitamente para sus propósitos iconoclastas que el carácter periférico de Europa es más importante que la centralidad de China. Este propósito está formulado directamente desde el inicio mismo del libro. Si “estaba en marcha una economía *mundial* antes de que los europeos tuvieran algo que hacer y decir sobre ella”, entonces, “es completamente contrario a los hechos y antihistórico” aseverar, como hacen Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein, que “Europa edificó el mundo alrededor de sí misma”. Puesto que la teoría social occidental “está basada en la precedencia temporal y la prioridad estructural de una Europa alrededor de la cual se construyó el resto del mundo”, la invalidación de esta premisa mueve el tapete bajo los pies de esa teoría.

“En consecuencia, el gran andamiaje de la teoría social de Occidente amenaza con derrumbarse. A través de la anulación o, al menos, de la revelación de las equivocaciones de sus principales arquitectos y de todos los “maestros” constructores que erigieron su edificio y andamio teóricos sobre fundamentos históricos inestables... Estos arquitectos de nuestra teoría social incluyen a Marx, Weber, Werner Sombart, Karl Polanyi y otros, así como a Braudel y Wallerstein” (Frank, 1998, XXIV-XXV).

En su furor iconoclasta, Frank tampoco prescinde de sus propios primeros escritos, como *Acumulación Mundial 1492-1789* y *Acumulación Dependiente y Subdesarrollo*, ambos publicados en 1978, particularmente teñidos con el pecado original eurocéntrico de la teoría social de Occidente. Por derrumbar el templo de la ciencia social occidental en las cabezas de los filisteos, Frank, como Sansón, parece que la derriba sobre su propia cabeza. Sin embargo, como veremos, este no es completamente el caso: al menos para este lector, el mundo de acuerdo al último Frank se parece demasiado al mundo de acuerdo al Frank de las décadas de 1960 y 1970.

Como debe ser, Frank tiene perfectamente claro que para derrumbar el templo de la teoría social eurocéntrica no es suficiente mostrar lo sucedido muy recientemente (en escala del tiempo histórico mundial) cuando Europa fue un componente periférico de una economía global centrada en Asia. Incluso si tal fuera el caso, la fundación eurocéntrica de la teoría social occidental podría ser reconstruida sobre un cimiento igualmente sólido de la transformación de Occidente desde un participante periférico en la economía global centrada en Asia, antes de 1800, hasta convertirse en un nuevo centro, después de 1800. Este desplazamiento de la centralidad de Asia, que según el mismo Frank proviene largamente desde 1400, es, en muchos sentidos, un éxito histórico tan excepcional como el alegato de Europa de haber construido un mundo a su alrededor. ¿No podrían ser reconstruidas las teorías del excepcionalismo europeo sobre la base de este éxito? Por supuesto. No sorprende, entonces, que Frank dedique más tiempo a disminuir el significado histórico del ascenso de Occidente que a discutir la existencia y el modo de operación de la economía global centrada en Asia.

La reconstrucción del ascenso de Occidente de Frank está basada principalmente en tres argumentos. El primero, derivado de J.M. Blaut (1993), es el argumento del “viaje gratis en el tren de Asia”. Repetido una y otra vez a lo largo del libro como un estribillo, el argumento finalmente emerge en uno de los capítulos de conclusiones dedicado específicamente al ascenso de Occidente.

“¿Cómo sucedió el ascenso de Occidente? La respuesta es, literalmente en una palabra, que los europeos *compraron* un asiento y, luego, hasta un vagón completo, en el tren asiático. ¿Cómo fueron –literalmente– los europeos pobres capaces de pagar el precio incluso de un boleto de tercera clase para abordar el tren económico de Asia? De algún modo encontraron y/o robaron, extorsionaron o ganaron el dinero para hacerlo. Otra vez, ¿cómo sucedió?” (Frank, 1998: 227).

Frank proporciona una respuesta en tres partes a esta pregunta. La primera, la más importante, “los europeos obtuvieron el dinero de las minas de oro y la plata encontradas en América”. La segunda, “‘hicieron’ más dinero en el excelente negocio (...) de extraer esa plata (...) (y luego usarla) en una gran variedad de negocios rentables que llevaron hacia América (...) las primeras y más importantes plantaciones esclavistas (...) (e incluso) el comercio de esclavos para abastecer y operar las plantaciones”. Finalmente, “los europeos usaron tanto la plata americana acuñada como sus ganancias para *comprar acciones* de la riqueza de Asia misma”. Esto lo hicieron comprando mercancías asiáticas que revendieron con ganancias no solamente en Europa, África y América, sino también en Asia (1998:277-82; cursivas en el original).

“Así, los europeos fueron capaces de ganar de las mucho más productivas y ricas economías de Asia participando en el comercio intra-asiático; a su vez, fueron capaces de hacerlo sólo gracias a su plata americana. Sin esa plata –y, secundariamente, sin la división del trabajo y ganancias generada dentro de Europa– los europeos no hubieran tenido una pierna, ni siquiera un pie, para pararse a competir en el mercado asiático. Únicamente el dinero de América, no alguna “cualidad excepcional” de Europa –que no había estado ni remotamente cerca de los estándares de Asia, como se percató (Adam) Smith en 1776–, proveyó a los europeos de su única ventaja competitiva ante sus competidores asiáticos, *para quienes no estaba creciendo el dinero en los árboles americanos*” (1998:282; segundo subrayado añadido).

Esta ventaja competitiva –“dinero creciendo en los árboles americanos”– habilitó a los europeos para resistir en Asia por tres siglos, pero no a ganar la posición de liderazgo en la economía global, porque el flujo de la plata americana benefició a las economías asiáticas más que a las europeas. Los europeos “reinvertieron algo de sus ingresos asiáticos todavía para comprar más y mejores asientos en la mesa económica de Asia”. Pero, incluso en el siglo dieciocho, “sus manufacturas aún no eran competitivas” en Asia, así que podían seguir sentados en la mesa económica asiática “solamente porque su abastecimiento de efectivo era continuamente relleno desde América” (Frank, 1998: 283, 356-57).

¿Cómo es que el aparentemente desesperanzado juego europeo en Asia se movió a favor y finalmente obtuvo el gran premio? Para responder esta pregunta, Frank introduce su segundo argumento en torno al ascenso de Occidente. Este argumento, que proviene de Janet Abu-Lughod (1989: 388), formula que el declive de Oriente precede al ascenso de Occidente. Si Europa finalmente alcanzó y, después, rebasó a Asia en la “eficacia global” –con base en una combinación de fuerza militar, prosperidad o expansión económica, crecimiento tecnológico y cohesión política, “cerca de 1815”, de acuerdo con la estimación de Rhoads Murphey (1977: 5)– esto fue “solamente porque Europa estaba obteniendo fuerza de América y África, así como de Asia, mientras las economías y los regímenes políticos de Asia se estaban volviendo débiles durante esta parte del siglo dieciocho” (Frank, 1998: 283).

Pero ¿por qué la economía y los regímenes políticos de Asia se debilitaban? Si se debilitaban por el impacto de la creciente “eficacia global” europea, lo que incluía la eficacia “para comprar acciones de la riqueza de Asia”, el crecimiento de esta eficacia jugaría el papel de una variable cuasi-independiente en el cambio de guardias de los asiáticos a los europeos para encabezar el liderazgo de la economía global –una posibilidad que habría provisto a la teoría social eurocéntrica de cierto fundamento para mantenerse en pie–. Para eliminar esta posibilidad y “poner toda la teoría recibida de cabeza”, Frank sale

de ese camino para demostrar que la debilidad de las economías y regímenes de Asia fue debida a sus propios éxitos, más que a la penetración y la subordinación europea sobre una tras otra de las regiones asiáticas.

“La expansión económica global común desde 1400 benefició a los centros asiáticos antes y más que a una Europa marginal. Sin embargo, este amplio beneficio económico se convirtió en un crecimiento absoluto y una desventaja relativa para una región asiática tras otra a fines del siglo dieciocho. La producción y el comercio comenzaron a atrofiarse con el crecimiento de la población y el ingreso, además, con su polarización económica y social, creció la presión sobre los recursos, se restringió la demanda efectiva hasta el fondo y se incrementó la disponibilidad de mano de obra barata en Asia más que en cualquier lugar del mundo” (1998: 318).

La consecuente crisis pan-asiática finalmente dio a Europa y, después, también a Norteamérica, la oportunidad “de convertirse en Nuevas Economías Industrializadas, primero mediante la sustitución de importaciones, después mediante el incremento de las exportaciones promovidas hacia y dentro del mercado mundial global... Únicamente entonces, se edificó un nuevo orden ‘hegemónico’, con el poder europeo como su centro, que experimentó un nuevo periodo de expansión económica e industrial, ahora con un rápido capital de Europa misma” (Frank, 1998: 319).

Habiendo demostrado para su propia satisfacción que el declive de Oriente fue la premisa del ascenso de Occidente, Frank cuestiona adicionalmente si, y de ser así, cómo la “súbita” e “inesperada” decadencia de Oriente y el ascenso de Occidente fueron procesos generados por la estructura y el funcionamiento de la singular economía global dentro de la que Oriente y Occidente competían. Para proporcionar una respuesta positiva, introduce su tercer argumento relativo al ascenso de Occidente. Según este argumento, después de 1750, la expansión de la economía global generó “un diferencial regional (...) de costos comparativos y ventajas comparativas” que se convirtió “en base de la diferencia del comportamiento de la racionalidad microeconómica ante el trabajo, la tierra, el capital y la tecnología ahorradora de trabajo”. Más específicamente, “¡el mayor crecimiento de la población en Asia obstruyó el avance tecnológico! Que se genera por y se basa en la demanda para ahorrar fuerza de trabajo gracias a la fuerza productiva de la maquinaria”. Mientras, “¡el menor crecimiento de población en Europa generó incentivos en ese sentido en competencia con Asia!” (1998: 289, 300).

Mark Kelvin ha argumentado, desde hace mucho tiempo, que China en la era de la dinastía Ming fue atrapada en una “smithiana trampa de equilibrio de alto nivel”. El rápido crecimiento de la producción, de recursos usados y de la población durante la dinastía Song del Sur y la dinastía Yuan han suministrado todos los factores *excepto*

la escasez de *trabajadores*. Como resultado, la invención con utilidades se volvió crecientemente más difícil.

“Con la caída de las utilidades en la agricultura, y la caída *per cápita* del ingreso y la demanda, con mano de obra más barata, pero recursos y capital crecientemente costosos, con tecnologías agrícolas y de transporte tan buenas que no se pueden hacer simples mejoras, las estrategias racionales para los campesinos y comerciantes tendían no tanto hacia la maquinaria ahorradora de trabajo sino hacia economizar los recursos y el capital fijo. Mercados enormes pero cercanos a lo estático no crearon cuellos de botella en el sistema de producción que podrían haber detonado creatividad. Cuando los recortes temporales se impusieron, la versatilidad mercantil, basada en el transporte más barato, fue más rápida y un remedio más seguro que la contribución de las máquinas. Esta situación se puede describir como ‘una trampa de equilibrio de alto nivel’” (1973: 314).

Con una importante omisión que discutiremos después, Frank adopta esta hipótesis pero lleva el “entrapamiento” cuatro siglos atrás mostrando que esa economía china bajo los Ming y al principio de los Qing fue más dinámica que lo pensado por Elvin. Además, extiende el argumento de Elvin hacia la totalidad de Asia, para concluir que lo que fue cierto para

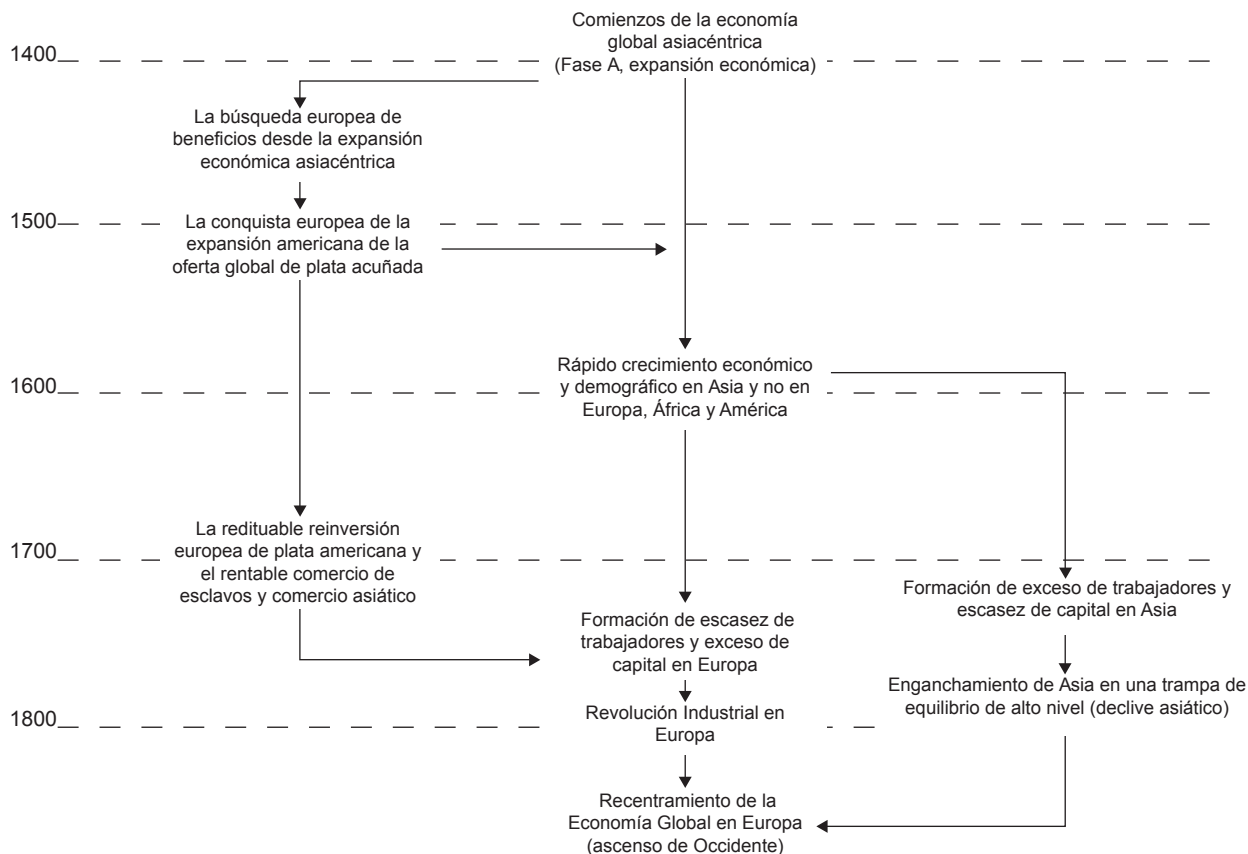
Asia no lo fue para Europa ni Norteamérica. En estas regiones, la larga expansión de la economía global generó una falta de mano de obra y un exceso de capital, que es, exactamente, lo opuesto al exceso de trabajadores y capital escaso generado en Asia.

“En Europa, salarios más altos y mayor demanda, así como la disponibilidad del capital, incluido el que venía de fuera, hicieron las inversiones en tecnología ahorradora de mano de obra, a la vez, racionales y posibles. El argumento análogo aplica para el equipo generador de energía. Los precios relativamente altos del carbón vegetal y del trabajo generaron incentivos para el cambio acelerado hacia el carbón mineral y el proceso de producción potenciado mecánicamente... La competencia del mercado mundial entre Europa y China, India y otras partes de Asia, resultó en que tales ahorros de trabajo y energía eran económicamente racionales para los europeos, pero no para los asiáticos” (1998: 304).

He resumido los principales argumentos de Frank relativos al re-centramiento de la economía mundial desde Asia hacia Europa alrededor de 1800 en el esquema ilustrado de la figura 1.

Como he expuesto, al desarrollar este modelo Frank ha documentado sistemáticamente como nunca antes la

Figura 1
El declive de Oriente y el ascenso de Occidente según Frank



existencia de una economía global centrada en Asia, y dentro de Asia en China, en el periodo 1400-1800. Gracias a esta contribución, las historias de un Occidente virtuoso e ilustrado empujándose a sí mismo por sus propios grandes pasos y sin ayuda, rehaciendo el mundo a su imagen, pierde credibilidad. Una vez reconocido esto, los lectores simpatizantes del tipo de drástica reorientación de nuestra comprensión del pasado y del presente que Frank propugna, solamente lamentan que este caso no se sustente en fundamentos más sólidos. Permítanme, por tanto, dirigirme a lo que considero más problemático en la concepción de Frank de la economía global del periodo en cuestión.

Evidencia inestable e inconsistencia lógica

Debo empezar por dos problemas específicos particularmente perjudiciales para la entera credibilidad de la concepción de Frank, para luego avanzar hacia lo más general, los problemas estructurales. El primer problema específico concierne al *primum mobile* de la cadena de causalidad implícita del argumento de Frank. Y el segundo concierne al eslabón crucial en esta cadena.

Como puede verse en la figura 1, el *primum mobile* de la historia de Frank lo constituye la fase A de expansión económica que supuestamente inició a principios del siglo quince. Dejando de lado por ahora la cuestión de si esta expansión fue la fase A de algo —como veremos, uno de los grandes misterios de *ReORIENTE*—, la idea principal que expresa que la economía global, como opuesta a cualquiera de sus partes, realmente se empieza a expandir en ese momento, se basa en fundamentos inestables tanto empírica como lógicamente. Que la economía global como totalidad experimentó su mayor expansión en el siglo dieciséis está ampliamente bien demostrado y existe un acuerdo general al respecto. Para sus propósitos iconoclastas, sin embargo, Frank empuja el inicio de la expansión hacia atrás hasta 1400, para que no sean la conquista europea de América y la subsiguiente ampliación en el suministro de dinero global (plata) erigidas (como se acostumbra) como sus fuerzas conductoras y, en su lugar, se integre una simple retroalimentación de la expansión que iniciaría en Asia mucho antes (como en la figura 1).

Desafortunadamente, Frank no proporciona ni la mínima prueba para sostener la idea de que una expansión *global* inició en Asia en 1400. En un punto nos dice: “encontramos (en el capítulo 5) que, en ausencia de una ‘crisis general del siglo diecisiete’, la larga expansión económica global iniciada desde 1400 en Asia llega hasta mediados del siglo dieciocho” (1998: 260). El capítulo 5, sin embargo trata mayormente sobre la ausencia de la crisis general del siglo diecisiete y nada dice sobre una expansión de la economía global iniciada en 1400. Difícil me

resultó —y dada la centralidad del tema no debería haberlo sido— encontrar solamente una pieza de evidencia para sostener este argumento crucial, a saber, una referencia a Ravi Palat y Wallerstein identificando los inicios de la principal expansión de India en 1400.

No cuestionaré la idea de que ahí ciertamente aconteciera la mayor expansión de India. Ese no es el problema. El problema es que Frank nunca dice por qué deberíamos aceptar esto como signo del inicio de una expansión global (opuesta a una mera expansión regional). Este silencio está en aguda contradicción con su afirmación de que la economía global es más que la suma de sus partes, por ejemplo, que la crisis del siglo diecisiete fue principalmente un fenómeno regional (europeo) y no global. A pesar de su afirmación, Frank nunca define lo que constituye una expansión/contracción global opuesta a una local. La idea entera de cuatro largos siglos de expansión económica iniciados en Asia alrededor de 1400 debe, consecuentemente, ser descartada.

Asumiendo por el momento que un *primum mobile* de la historia de Frank puede ser encontrado, nos enfrentamos con el problema adicional de que el eslabón crucial en el argumento también es el más débil. Como muestra la figura 1, el eslabón crucial es el crecimiento más rápido económico y demográfico de Asia respecto de Europa en los siglos precedentes a la revolución industrial. Este crecimiento más rápido es la principal evidencia de la continua vitalidad superior de las economías asiáticas justamente hasta la víspera del ascenso de Europa. Al mismo tiempo, esta es la principal razón para la bifurcación en la dotación de factores que, mientras llevó a Asia a la trampa del equilibrio de alto nivel (por la vía de un excedente de trabajadores y una escasez de capital), condujo a Europa a la revolución industrial (por la vía de un exceso de capital y la escasez de trabajadores).

El principal problema con este eslabón crucial del argumento de Frank es que datos comparables y mínimamente confiables del crecimiento económico para los grandes agregados y largos periodos examinados simplemente no existen. Frank, de este modo, es forzado a depender exclusivamente de los datos demográficos, tanto como medida de la vitalidad económica como medida indirecta de la producción y la formación del capital. Esta dependencia exclusiva de datos demográficos como medida directa e indirecta de vitalidad económica es altamente problemática, al menos, por dos razones. Por un lado, una alta tasa de crecimiento poblacional debe ser signo no de la continua vitalidad económica de un país o de una región sino del debilitamiento de esa vitalidad por la trampa smithiana de equilibrio de alto nivel que Frank sostiene. Más aún, una alta tasa de crecimiento poblacional puede ser signo de que un país o una región está cayendo

no en la trampa smithiana de equilibrio de alto nivel, sino en la trampa malthusiana de equilibrio de bajo nivel. De cualquier modo, el crecimiento demográfico no constituye un indicador confiable del crecimiento económico en el que Frank pareciera pensar. En verdad, en los periodos para los cuales tenemos indicadores independientes de vitalidad económica, como tasas de crecimiento de Producto Nacional Bruto *per cápita*, la correlación nacional (o regional) de estos indicadores con las tasas de crecimiento poblacional es débil en el mejor caso y negativa en el peor.

Pero incluso si asumimos, para el periodo examinado por Frank, los datos demográficos como indicadores válidos de la vitalidad económica, los dos cálculos de la población para diferentes regiones del mundo que realiza Frank (1998: 168, 170) no soportan la idea de una gran bifurcación de las trayectorias asiática y europea en la víspera de la revolución industrial. Esto se puede observar en la tabla 1, donde los mismos dos cálculos han sido usados para estimar el porcentaje comparativo de incremento poblacional en diferentes regiones para diferentes periodos que terminan en 1750.

Como muestra la tabla, el crecimiento demográfico de Europa es mayor o menor que el de China o India dependiendo enteramente del periodo particular y de la estimación que seleccionemos para analizarlo. Además, no importa el periodo o estimación que elijamos, éste es el mismo o mayor que el de Japón. Más importante, en la primera mitad del siglo dieciocho, la brecha entre la menor tasa europea y la mayor tasa china de crecimiento se estaba reduciendo más que ensanchando. De esto se sigue, en el estricto terreno demográfico, que el argumento de Frank, de que la expansión económica global estaba produciendo resultados opuestos en Europa y Asia, con su propia evidencia no se sostiene.

Sin embargo, resulta cierto, como plantea Frank que, de acuerdo con toda la evidencia disponible (incluyendo la propia evaluación de Adam Smith), los ingresos eran mayores y el capital más abundante en Europa que en Asia. Si la explicación demográfica de esta diferencia no es firme, necesitamos una explicación alternativa. Como muestra la figura 1, Frank cuenta con un segundo factor que contribuye al surgimiento de la escasez de trabajadores y al exceso de capital en Europa, éste es la expansión del comercio ultramarino de Europa. Desafortunadamente, esta otra “pierna” del argumento de Frank es tan inestable como la “pierna” demográfica, aunque más por razones lógicas que por razones empíricas. Dentro de su esquema, el argumento de que la expansión ultramarina europea constituyó la fuente principal del exceso de capital en Europa, en relación a la escasez de capital de China, entra en conflicto con el argumento que formula: que la competitividad superior en el mercado global a lo largo del siglo dieciocho hizo de

China el “vertedero final” del dinero mundial, incluyendo el que los europeos encontraron “creciendo en los árboles americanos” (1998: 282-83, 356-57).

Si este fuera el caso, ¿por qué China fue afectada por una escasez y Europa por un exceso de capital? ¿Y por qué Europa estuvo experimentando mayor demanda de trabajo y mayores salarios que China? Como podemos ver, estas cuestiones tienen respuestas que no son incompatibles con la visión de Frank en torno al ascenso de un Occidente completamente conformado por su participación en una economía global centrada en Asia. Pero por no contestar, incluso ni siquiera por preguntarse esto, Frank socava su tesis de una revolución industrial europea producida por la expansión de la economía global. Y ya que ésta constituye su única explicación del ascenso de Occidente en el siglo diecinueve, se queda sin explicación alguna.

Tabla 1
Rango de incremento del porcentaje de la población

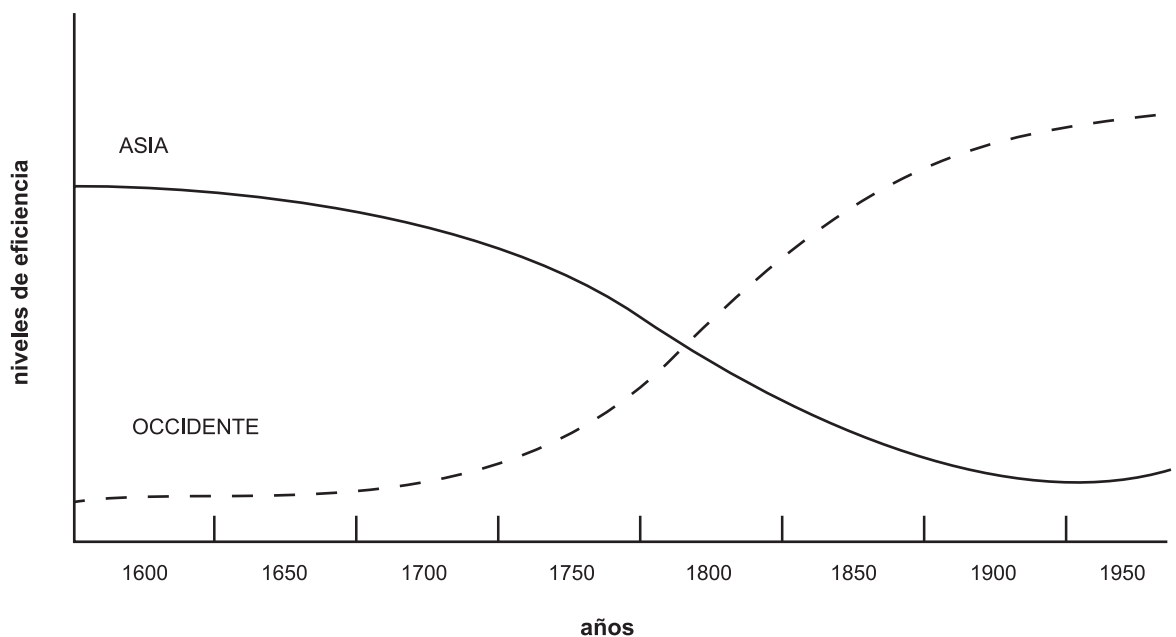
País / Año	1600-1750	650-1750	1700-1750
India	91-100	33-62	0-30
China	38-93	80-107	32-38
Japón	44-66	18-39	0-18
Europa	57-57	40-44	22-23
Mundial	47-54	42-45	14-21

Fuente: Calculado por Frank (1998: 168, 170).

En verdad, la más importante noción de Frank sobre el ascenso de Occidente está envuelta bajo una confusión. “Como Roma”, se nos ha dicho, “Japón no fue construido en un día e, incluso, ni en un siglo”. Suficientemente cierto. No obstante, completamente incongruente. Frank quiere que creamos que la supremacía global de Occidente emergió no “inesperada” sino “súbitamente”, si no en un día, entonces en el muy corto lapso de pocas décadas (1998: 107,317). Esta inconsistencia se puede ubicar en el rechazo de Frank al reconocimiento de cualquier especificidad europea en los inicios del periodo moderno que podría contribuir a la explicación del ascenso de Occidente hacia la supremacía global en el siglo diecinueve. Conciente o inconcientemente, este rechazo lleva a Frank a equivocarse en lo que suponemos entiende por “ascenso” y “descenso”. El punto es mejor ilustrado por el uso selectivo de Frank de las estimaciones de Murphey para comparar la “eficacia global” de Oriente y Occidente. Frank depende de esos cálculos para argumentar que Occidente no “alcanzó” a Oriente hasta cerca de 1815 (1998: 224-25, 283). Aunque se refiere al diagrama donde Murphey describe estas estimaciones, decide no mostrarlas o comentarlas.

Como se puede ver en la Figura 2, Murphey describe el ascenso de Occidente y el declive de Oriente como un largo desenvolvimiento de procesos *temporalmente coin-*

Figura 2
Ascenso de Occidente
y declive de Oriente de acuerdo a Murphey



identes. Esta presentación no proporciona evidencias al argumento de Frank de que la declinación de Oriente precedió el ascenso de Occidente. Más aún, aunque estas trayectorias finalmente se cruzaron cerca de 1815, si medimos el ascenso y la declinación en términos de *tasas de cambio* en los “niveles de eficacia” –lo que arroja un resultado positivo y ascendente para el caso de Occidente, estancado al principio y crecientemente negativo para el caso de Asia– el cruce surge como producto de más de dos siglos de ascenso de Occidente y declive de Oriente.

Partiendo de que el mismo Murphey caracteriza sus estimaciones como “conjeturas más o menos informadas” (1977: 5), el punto aquí consiste en que no pueden considerarse esas conjeturas informadas como evidencia contra el argumento de Frank, de que la caída de Oriente precede el ascenso de Occidente. El punto, más bien, reside en que Frank nunca señaló cuáles son sus propias conjeturas informadas en torno a las tasas de cambio de los niveles de eficacia en Occidente y Oriente en los dos o tres siglos que precedieron al cruce de patrones en el diagrama de Murphey. En lugar de eso, se apoya exclusivamente en los datos demográficos sin nunca decirnos cómo éstos relacionan los cuatro

componentes de los niveles de eficacia de Murphey: fuerza militar, prosperidad y expansión económica, crecimiento tecnológico y cohesión política. Peor aún, continuamente escabulle el tema de las diferencias en las tasas de cambio a lo largo de estos periodos de tiempo para enfocarse en diferencias de los niveles absolutos en puntos particulares de tiempo. Cualquier cosa que sugiera una escala mayor pero un menor dinamismo en Asia que en Europa es cuidadosamente suprimida de esta evidencia. Así, al evaluar el mismo pasaje de Elvin que previamente mostré, omite la crucial sugerencia de que en China, en tácita comparación con Occidente, “enormes pero casi estáticos mercados no crearon cuellos de botella en el sistema de producción que debieron impulsar la creatividad” (1973: 314).

Unidad versus diversidad

La negligencia de Frank con las tasas de cambio nos arroja a un problema más general, esto es, a su negligencia con la diversidad. En el párrafo con que cierra *ReORIENTE*, se apunta que el propósito del libro ha sido “ayudar a construir una base intelectual para la aceptación de la *diversidad en la unidad* exaltando *la unidad en la*

diversidad” (1998: 358; cursivas en el original). A pesar de esto y de varias apelaciones previas a la “unidad en la diversidad” (no la “diversidad en la unidad”), en realidad, el libro completo es acerca de la unidad y no todo acerca de la diversidad. El inicio mismo del libro nos da a probar las cosas que vienen. “Mi tesis es que existe ‘unidad en la diversidad’. Sin embargo, no podemos entender ni apreciar la diversidad del mundo sin percibir cómo la unidad misma genera y continuamente cambia la diversidad” (1998: 1). Como en esta declaración, a lo largo del libro el matiz está cargado hacia esta formulación. Por ejemplo, el progreso tecnológico en lugares específicos es visto como “una función del ‘desarrollo’ económico mundial, mucho más que (...) regional, nacional o local, haciendo a un lado especificidades culturales” (1998: 186). De forma más general:

“Muchas diferencias (entre Oriente y Occidente) son la mejor manifestación superficial institucional y/o ‘cultural’ de la misma estructura y proceso esencial *funcional*... Incluso, más importante aún (...), muchas de las ‘diferencias’ específicas son ellas mismas generadas por la interacción estructural en una economía/sistema mundial *común*. Lejos de ser apropiado o necesario entender esta especificidad aquí o allá, la diferenciación se convierte en un obstáculo para medir y comprender este proceso. ¡Solamente una perspectiva holística, desde el conjunto global que es más que la suma de sus partes, puede ofrecer una explicación adecuada de cualquiera de las partes y de cómo y por qué difieren entre sí!” (1998: 341-42; cursivas en el original).

En este pasaje, como en el argumento global del libro, lo que tenemos es un subrepticio deslizamiento desde una premisa perfectamente legítima y altamente recomendable hasta una conclusión falsa. La premisa consiste en que la economía/sistema mundial tiene características que le son propias, que actúan como fuerzas que refrenan e inducen los componentes de la totalidad y que no pueden ser inferidas desde las propiedades de los componentes. Esta premisa recomendable, sin embargo, constantemente gira y trueca convirtiéndose en la conclusión de que las propiedades de los componentes no merecen atención, incluso cuando son derivadas de las propiedades del conjunto global, puesto que son irrelevantes o un obstáculo para entender el todo y las partes mismas.

Esta conclusión es errónea, ya que las propiedades de los componentes de la economía/sistema global de Frank tampoco pueden ser derivados ni son irrelevantes para entender la dinámica de la totalidad. En el esquema de Frank, estos componentes son combinados geográficamente para adquirir la validez de unidades significativas (Asia, Europa, África o las Américas), algunas veces son separados en unidades menores, como India, China e

Inglaterra, y otras agregados en conjuntos más amplios, como Oriente y Occidente. Todo lo que podemos aprender de Frank acerca de estos componentes es, en primer lugar, que los individuos que residen o son originarios de ellos (los asiáticos, europeos, africanos, etc.) son igualmente operadores económicos racionales y, en segundo lugar, que elecciones igualmente racionales generan diferentes desenlaces dependiendo de dónde son hechas.

El problema principal con esta conceptualización es que Frank está tan preocupado en la demostración de la racionalidad económica común de todos los individuos que operan en cualquier parte de la economía global que olvida decirnos cómo y por qué los contextos regionales difieren unos de otros. Como resultado, quedamos sin explicación de por qué el resultado de las acciones de los individuos igualmente racionales varían de región en región. A lo largo del libro, el lector se interroga por qué, a diferencia de Europa, India y China tuvieron durante siglos mercados globales competitivos, como Frank sostiene; por qué los empresarios de India y China no siguen los pasos de los europeos para “recoger” el dinero que estaba “creciendo en los árboles americanos”; por qué los europeos fueron tan insistentes, comparados con los indios y los chinos, en la incesante reinversión de las ganancias del comercio marítimo para la expansión del mercado ultramarino, etcétera.

A primera vista podría parecer que las especificidades geográficas determinan los desenlaces. Pero Frank nunca dijo nada acerca de tales especificidades. De haber hecho eso, se habría enfrentado a algunos cuestionamientos. Varios relacionados con el hecho de que la diversidad de las condiciones geográficas *dentro* de algunas de sus “regiones” es mayor que *entre* ellas. Esto es válido no sólo dentro de sus dos grandes conjuntos, Oriente y Occidente. Es cierto también y específicamente para su eje, la región europea, que, desde un estricto punto de vista geográfico, no tiene otra identidad que ser una península al noroeste del final de la masa continental afro-eurasiática. Si la idea era subrayar la importancia de la geografía en determinados desenlaces locales del proceso global ¿por qué privilegiar este amplia unidad, prefiriéndola a otras más pequeñas pero geográficamente más significativas? Y, si esta no fue la idea, ¿por qué ese conjunto fue conformado con base en partes pseudogeográficas?

Otros cuestionamientos, incluso más importantes, están relacionados con el hecho de que las regiones de Frank, lejos de ser constantes, estuvieron sujetas a transformaciones mayores en el periodo de 1400-1800. Como Braudel una vez puntualizó discutiendo el rol y la posición del Sudeste Asiático dentro de las estructuras de lo que denominó “la super-economía-mundo” del Lejano Oriente, “si la geografía propone, la historia dispone” (1984: 523). La posición

geográfica de las macroregiones indudablemente contribuye a la determinación de los costos comparativos y las ventajas. Pero quién soporta los costos y quién cosecha las ventajas se determina principalmente por los procesos históricos de la interacción humana que continuamente rehacen a la geografía misma.

Además, desde este punto de vista, ningún componente de la economía global de Frank es más problemático que Europa. Para el periodo 1400-1800 analizado por Frank, Europa no era un simple componente geográfico de un sistema global integrado. Fue el epicentro de una revolución en la geografía global que transformó completamente las fronteras internas y externas de Europa y de varias otras macroregiones mediante una expansión territorial, cuya velocidad y alcance no tiene precedente en la historia mundial, de población originaria europea. A pesar de que Frank menciona en varias ocasiones esta expansión, que acompaña la transformación de esta pequeña Europa peninsular de 1400 en la Europa mayor de alcance mundial de 1800, no tiene lugar en su construcción. Debido a esta transformación, ¿por qué deberíamos dotar de gran importancia al (o a la falta del) crecimiento poblacional dentro de la pequeña Europa, cuando los europeos estaban ocupados en todo el mundo despoblando y repoblando continentes enteros o anexando a sus dominios territorios tan poblados como la misma Europa? ¿No debería este proceso figurar de alguna manera en la evaluación del “ascenso” y el “hundimiento” de potencias? ¿Por qué concebir una economía global con base en categorías geográficas estáticas de significado incierto en lugar de emplear categorías apropiadas para captar la cambiante geografía de la economía mundial?

¿La historia como fue realmente o el credo liberal la ha pintado de rojo?

Sospecho que Frank evita abordar estas preguntas debido a que existe otro problema general (más serio) que podemos detectar en su concepción de la economía global: una creencia en el poder de una perspectiva “globo-lógica” (opuesta a cualquier otra perspectiva) para aprehender “la realidad como fue realmente”. Impulsado por su furor iconoclasta, descarta las categorías recibidas, una tras otra, como categorías vacías y las somete al lecho de Procusto. Categorías como desarrollo, modernización, dependencia, feudalismo, capitalismo, socialismo y, más específicamente, las de Braudel y Wallerstein, como “economía-mundo” y “sistema-mundo”, todas son objeto de un ataque en el que se les califica como “peor que científicamente inútiles”, ya que, “su uso nos desvía de cualquier análisis *real* y de la comprensión de la *realidad* mundial”. Por “carecer de cualquier significado *real* del mundo”, generan debates

interminables “análogos a aquéllos sobre cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler”. Si por alguna casualidad quienes debaten ven “la *realidad* como fue *realmente* (...) intentan forzar, torcer y combinar las categorías para acomodar esa *realidad*” (1998: 335-37, cursivas añadidas).

Como ya señalamos, la razón expresa de Frank para rechazar la mayoría de categorías de la ciencia histórica de Occidente es su sesgo eurocentrista. En el caso de la mayoría de las categorías o, al menos, en el uso que han tenido, ese sesgo es muy tangible. No se puede sino simpatizar, por ejemplo, con la caracterización de Frank sobre el Modo de Producción Asiático de Marx como “Orientalismo pintado de Rojo” (1998:323, nota de Teshale Tibebu). No obstante, un sesgo eurocentrista o de cualquier otra clase no es por sí mismo razón suficiente para desechar las estructuras ideotípicas con las cuales tratamos aprehender la realidad social. La realidad social no puede ser aprehendida si no es mediante una u otra clase de estructura ideotípica. Ni puede ninguna de tales estructuras ser erigida si no se adopta un particular ángulo visual que necesariamente sesga nuestra observación mediante la iluminación de unos aspectos de la realidad y el oscurecimiento de otros.

En consecuencia, una estructura particular debe ser rechazada únicamente si somos convencidos de que una estructura alternativa, con sus correspondientes sesgos, nos provee de un entendimiento más preciso y comprensivo de los eventos y procesos investigados. Fue sobre un fundamento de esta clase que Perry Anderson (1974: 548), hace tiempo, propuso dar a la noción Modo de Producción Asiático “el decente entierro que merece”. Pero Frank ahora pide enterrar no a ésta sino a todas las otras estructuras ideotípicas que fueron concebidas para aprehender la dinámica occidental en la era moderna por contraste con otras dinámicas. Si vamos a someternos o no a esta petición depende completamente –para usar el propio criterio de Frank– de si la estructura ideotípica que propone es menos “vacía y forzada al lecho de Procusto” que aquellas que se supone hay que descartar.

Comencemos por observar que, a pesar de sus continuas apelaciones a la “realidad como fue realmente”, la concepción de Frank de la economía global de 1400-1800 descansa, igual que cualquier concepción, sobre estructuras ideotípicas particulares con sus correspondientes sesgos. Una de tales estructuras son los ciclos largos de la economía global de Frank, cada uno de los cuales tiene una fase A de expansión y una fase B de contracción. La identificación de patrones cíclicos, por supuesto, es esencial para demostrar la continuidad sistémica en el tiempo y, consecuentemente, para definir las fronteras temporales del sistema particular bajo investigación. Esto también es esencial para la identificación (si los hay) de los patrones

de evolución de largo plazo del sistema y de sus desarrollos anómalos en coyunturas históricas particulares (ver, por ejemplo, Arrighi y Silver *et. al.* 1999).

El problema con el ciclo de Frank es que es más vacío y procusteano que muchas de las categorías que quisiera que abandonáramos. Como señalamos, en ningún lado expone cómo distinguir la expansión o contracción entre un nivel local/regional frente a uno sistémico/global. Ciertamente, nunca se nos dice qué características específicas del sistema/economía global lo hacen expandirse o contraerse, o cómo y por qué las expansiones y contracciones deben ser identificadas con base en los particulares indicadores usados por Frank, que son, casi exclusivamente, indicadores demográficos. El fracaso para especificar teóricamente lo que son sus ciclos largos conduce a Frank hasta problemas insolubles con la evidencia empírica –problemas que trata de resolver forzando y torciendo sus ciclos ¡hasta un punto en que éstos cesan completamente de ser ciclos! Así, Frank sostiene que existe un ciclo expansionista de fase A desde 1400 hasta 1800, lo que sirve bien a su propósito iconoclasta, pero soporta su afirmación sobre evidencia frágil. Además, esa afirmación contradice la noción misma de un ciclo compuesto por fases A y B alternantes, a menos que el periodo posterior a 1800 pueda ser interpretado como una fase B. Pero esto no lo puede hacer Frank.

“Desde un punto de vista occidental, los dos siglos pasados parecen como una larga fase ‘A’ que, al menos en Occidente, viene después de una larga fase ‘A’ en Oriente. ¿Esto significa que una fase ‘A’ en el área previamente marginal que era Occidente siguió a otra en el área previamente “central” que fue Oriente? Más aún, ¿qué no también ahora la fase ‘A’ precede a otra posible fase ‘A’ que está empezando en Oriente para redefinir el centro de la economía global mientras el tiempo de Occidente bajo el sol declina? ¿Qué acaso esto no nos deja con dobles, triples, o incluso más fases ‘A’ sucesivas, sin ninguna fase ‘B’ mundial? ¿En tal caso, qué le sucede al que hasta ahora ha sido “nuestro” ciclo largo? ¿Ha sido sólo una ilusión óptica?” (1998: 350).

A favor de Frank, cabe decir que estas interrogantes permanecen sin respuesta. Incluso formula que “en ausencia de un análisis suficiente y adecuado del ciclo, resulta aventurado hablar de ciclos” (1998: 347). Pero si es así ¿por qué salvar esta categoría particular del destino reservado para todas las otras categorías que se han descubierto como vacías y forzadas? ¿Por qué mantener la conclusión de que “haríamos bien (...) en regresar a una perspectiva más cíclica de los comienzos de la historia moderna y probablemente de toda la historia?” (1998: 347)

Claramente, el tratamiento preferencial otorgado a los ciclos nada tiene que hacer con la “historia como fue realmente” y tiene todo que ver con los sesgos de Frank, no solamente contra la diversidad sino también contra el cambio. Es este doble sesgo lo que hace al Frank de

ReORIENTE tan cercanamente parecido al Frank de *El desarrollo del subdesarrollo*. El horizonte espacio-temporal del análisis ha sido ampliado y extendido. Pero, de este modo, el viejo Frank ha revivido con plena fuerza el determinismo estructuralista del joven Frank. Esta resurrección es particularmente evidente si nos enfocamos en otra y mucho más importante estructura ideotípica que sustenta la historia particular de la economía global narrada en *ReORIENTE*.

Esta estructura nunca es discutida explícitamente – de hecho, no aparece a lo largo del índice del libro– pero constituye una fuerza arrolladora, si bien invisible, que constriñe y dispone en la economía global de Frank. Es el mercado mundial. Como Frank señala, dejando raramente entrever esta fuerza invisible, “la principal tesis y el argumento de este libro (consiste en) poner a Asia, África y Europa dentro del mismo paquete de la economía mundial *competitiva* a nivel global” (1998: 300, cursiva agregada). Aunque Frank nunca traza la distinción, no es lo mismo que decir que las partes de Asia, África y Europa estaban integradas en una única economía global. Frank *hace* la prueba de que tal economía global única existió ya que entre 1400-1800 los flujos mundiales de mercancías y contraflujos de dinero fueron sustanciales, tanto en monto como en impacto, para las dinámicas regionales. Pero no demuestra que estos flujos y contraflujos fueran la expresión de mercados globales competitivos.

Lo más cerca que llega Frank a investigar si los mercados globalmente competitivos realmente existieron en el periodo bajo consideración es en una breve discusión de cómo “todas (las monedas del mundo) fueron parte y parcelas de un único mercado global, en el cual la oferta y la demanda regulaban los precios relativos”. Puesto que muchas de estas monedas eran compradas en un lugar y vendidas en otro en intercambio por otras monedas o mercancías, Frank concluye:

“Esta práctica universal del arbitraje ya refleja –o ayudó a crear– un mercado mundial en el completo sentido del término. Observar, como Flynn y Giradles (...), que “el ‘mercado mundial’ era realmente una serie de mercados regionales interconectados, dispersos y sobrepuestos alrededor del globo”, no altera nada fundamental precisamente porque estos ‘mercados’ estaban sobrepuestos e interconectados”. (1998: 137-38, cursivas en el original).

Además, el dinero hizo girar el mundo porque pueblos, compañías y gobiernos fueron capaces de usarlo para comprar otras mercancías.

“Tanto al micronivel de individuos y firmas como al macronivel económico local, regional, ‘nacional’ y mundial, el dinero literalmente aceitó la maquinaria y movió las manos de aquéllos que producían y aceleró esa maquinaria en la manufactura, la

agricultura, el comercio, los gastos estatales o lo que fuera. Ni más ni menos (en Asia) como en cualquier otro lugar, igual entonces como ahora. Esto es, el dinero sostuvo y generó la demanda efectiva. Y la demanda despertó el abastecimiento. Claro, que la demanda adicional solamente puede despertar un abastecimiento adicional donde y cuando esto es posible. Esto es, tiene que haber capacidad productiva y/o la posibilidad de expansión mediante inversiones y productividad incrementada” (Frank, 1998: 138).

Si el Modo de Producción Asiático de Marx fue orientalismo pintado de rojo, como ciertamente lo fue, ¿qué es esto sino el credo liberal pintado de rojo o rosa o verde o cualquier color que Frank prefiera? Habiendo desechado sumariamente la noción de Karl Polanyi de la economía como un proceso instituido (1998: 206), conciente o inconcientemente, Frank se une al coro de los ideólogos neoliberales reviviendo la creencia en los mercados auto-regulados. Su “demostración” de la existencia de un mercado global que empuja a todos por todas partes a una competencia mutua entre 1400-1800, ni más ni menos que como sucede hoy, reposa mucho más en la fe que en los hechos y la lógica. Unas pocas consideraciones serán suficientes.

En primer lugar, la práctica del arbitraje ni necesariamente refleja ni necesariamente ayuda a crear un único mercado mundial, considerando mercado mundial en el estricto sentido de la palabra. Esto podría fácilmente reflejar y crear lo opuesto, esto es, mercados locales separados con diferencias de precios significativas para exactamente el mismo tipo de moneda o mercancías. Si el arbitraje auxilia u obstaculiza al proceso de formación del mercado mundial depende completamente de qué sucede con las ganancias que son cosechadas por aquéllos que entablan el arbitraje. Si ellos lo utilizan reduciendo o eliminando barreras entre mercados locales, entonces auxilia; pero si lo utilizan elevando o preservando tales barreras, obstruyen. De cualquier modo, el arbitraje en sí mismo no prueba nada sobre la existencia o la inexistencia de un único mercado mundial.

En segundo lugar, la existencia de mercados sobrepuestos e interconectados en sí misma no es prueba de la existencia de un mercado global único, tampoco prueba en el sentido de Frank la formación de una economía global competitiva. Como Abu-Lughod indicó en su estudio pionero del siglo trece de la economía y el sistema mundial afro-asiático:

“En un sistema, son las *conexiones* entre las partes lo que debe ser estudiado. Cuando éstas se fortalecen y forman una red, el sistema, podría decirse, se encuentra en “ascenso”; cuando éstas se deshilachan el sistema declina, aunque luego acontezca una reorganización y revitalización” (1989: 368; cursiva en el original).

Esto es tan cierto para los sistemas de mercado como para cualquier otro sistema histórico social. Si múltiples mercados constituyen o no un único sistema de mercado, depende no de la existencia de meras conexiones, sino de *la fuerza y la reticulación* de estas conexiones. Ya que Frank no dice nada sobre la fuerza y la reticulación de las conexiones que vinculan a los múltiples mercados locales, nacionales y regionales rodeados por su economía global, su opinión de que esta economía global era también un sistema de mercado mundial altamente competitivo deber ser rechazada.

En tercer lugar, más importante aún, evaluar el alcance de algún tipo de sistema de mercado mundial realmente existente en el periodo bajo consideración, exige que la forma y la intensidad de la competencia que pone a individuos, grupos y organizaciones dentro del sistema unos contra otros no se puedan tomar como una constante a través del tiempo y el espacio, como Frank lo hace. Incluso la más somera de las observaciones históricas revela mayores variaciones espaciales y temporales en la forma e intensidad de la competencia, dependiendo de la naturaleza y envergadura de las innovaciones que recurrentemente alteran los patrones establecidos de acumulación y cambio. Como Joseph Schumpeter ([1911] 1963) señaló hace mucho, el flujo circular de la vida económica no engendra competencia. Las innovaciones que alteran y transforman ese flujo lo hacen. Puesto que la economía global de Frank es completamente sobre flujos circulares y apenas sobre innovaciones (excepto para la revolución industrial al final de su historia), las causas de la intensa, constante y penetrante competencia que se dice obligó y moldeó las acciones de todos los individuos y organizaciones a través de Afro-Eurasia entre 1400-1800 permanecen en el misterio.

La pierna extraviada de la economía global de Frank

Esto nos lleva hacia la mayor debilidad de *ReORIENTE*: la decidida exclusión del análisis del poder político-militar. Llegando al final de su historia, súbita e inesperadamente, Frank nos dice que su conjunto global “se apoya *equitativamente* en las piernas ecológica/económica/tecnológica, la del poder político/militar y la socio/cultural/ideológica”. Ahora, admite que la discusión de *ReORIENTE* “ha (...) quedado limitada solamente a la parte económica de la (primera) pierna, haciendo escasa mención de las otras dos piernas que son dejadas para ser combinadas en un análisis global” (1998: 340-41; cursiva agregada).

Al llegar a este punto, no podemos sino preguntarnos cómo puede reconciliar Frank la afirmación de que su concepción corresponde a la historia mundial como fue realmente, con la aceptación de que la ha observado únicamente desde un aspecto de sólo una de las tres “piernas” de la economía global. Como mínimo, tal aceptación debería

sugerir precaución al afirmar que se movió el tapete bajo los pies de toda la teoría social de Occidente. En el análisis de sistemas históricos complejos, es perfectamente legítimo empezar por enfocarse en algún aspecto específico que tengamos razones para considerar en sí mismo particularmente esclarecedor de la totalidad. La reconstrucción de Frank de los flujos globales de mercancías y dinero es el valioso resultado de un procedimiento de este tipo. Sin embargo, el procedimiento deja de ser legítimo tan pronto como dotamos a los resultados preliminares con más potencia explicativa de lo que pueden contener. Y esto se vuelve completamente ilegítimo cuando atribuimos a los resultados poderes explicativos de lo que tenemos buenas razones para creer que pertenece a los aspectos de una realidad decididamente excluida del análisis.

Esto es precisamente lo que hace Frank cuando atribuye a los flujos circulares globales de dinero y mercancías la propiedad de generar una competencia intensa y penetrante dentro y entre las regiones mundiales abarcadas por los flujos. Como ya señalamos, los flujos no tienen tal propiedad. Peor aún, existe plena evidencia histórica (cuidadosamente relegada por Frank) para hacernos pensar que la principal fuente de la presión competitiva en la economía global ha sido la acción estatal y la lucha político-militar que ha puesto unos Estados contra otros regional y globalmente. Sin duda, la acción estatal y la competencia interestatal han sido ellas mismas ampliamente moldeadas y constreñidas por las estructuras y los procesos de las economías tanto regional como global dentro de las que se han desarrollado. Pero, a su vez, han sido las fuentes principales de las recurrentes crisis, reorganizaciones y revitalizaciones que han caracterizado tanto a esas estructuras como a esos procesos antes y después de 1800.

Las diferentes historias de la relación dialéctica entre la acción del Estado y las estructuras y procesos sistémicos han sido descritas en otra parte (Arrighi, 1994; Arrighi y Silver *et. al.*, 1999) y no serán repetidas aquí. A modo de conclusión, sin embargo, es importante señalar cómo el enfoque de la lucha competitiva político-militar podría reorientar (sin intentar juego de palabras) la historia de Frank hacia una evaluación más plausible del recentramiento en Europa de la economía global al finalizar los siglos dieciocho y diecinueve.

Comencemos por reiterar que la economía global centrada en Europa del siglo diecinueve, como la Roma antigua o el Japón moderno, no se edificó en un día o incluso en un siglo. Más bien, fue resultado de un largo y extenso proceso, del cual sus orígenes inmediatos pueden rastrearse al inicio del siglo catorce en la respuesta del Estado ante la quiebra del sistema mundial precedente, que ha reconstruido magistralmente Abu-Lughod (1989).

La respuesta del Estado varió ampliamente a lo largo de Afro-Eurasia dependiendo del contexto regional y mundial en el que ocurrió. Pero dos clases de respuesta son particularmente relevantes para la comprensión de la dinámica subsecuente de la economía global.

Una fue la respuesta del Estado chino bajo los Ming. Consistió en un compromiso más contundente, que bajo los Song y los Yuan, con el proceso de construcción de una economía nacional. Fue éste el proceso sobre el que edificaron los fundamentos de la posición central de mercado que China vino a ocupar en la economía global en el “largo” siglo dieciséis. Este mismo proceso, sin embargo, resultó también en una separación de la China imperial de las regiones marítimas circundantes —una separación que facilitó una presencia Europea más entrometida en esas regiones—.

La otra respuesta crucial fue la de los Estados europeos mismos. La crisis del siglo trece en el sistema mundial disparó una larga lucha secular entre las ciudades-Estado que obtenían más beneficios y, por tanto, eran más dependientes, de un control monopolístico sobre el comercio europeo con Oriente. Inicialmente, estas luchas resultaron en un reforzamiento del control veneciano-árabe sobre ese comercio. Pero, con el tiempo, estas luchas recibieron un nuevo ímpetu con la entrada en la competencia de los Estados nacionales nacientes y produjeron el descubrimiento europeo casual de América y la formación de múltiples imperios ultramarinos. Hacia 1800, estos imperios ya abarcaban 55% de la superficie del globo y habían avanzado mucho en revolucionar, tanto política como económicamente, la geografía global.

Con toda probabilidad, estas dos respuestas radicalmente diferentes y su mutua interacción constituyen el *primum mobile* de la reorganización y la revitalización de la economía global en el “largo” siglo dieciséis. Pero, incluso, si constituyeron o no tal *primum mobile*, éstas impulsaron los sistemas interestatales centrados en China y en Europa durante trayectorias de desarrollo divergentes. La trayectoria del sistema centrado en China fue de incremento de la especialización en la producción económica nacional mediante una ampliación y profundización de los mercados domésticos y la división del trabajo, no solamente en China sino también en Japón y otros Estados del sistema comercial tributario centrado en China. Fue el tipo de trayectoria que, en el inicio del siglo dieciocho, convirtió a China en el país más populoso y próspero del mundo. Pero fue la misma trayectoria que gradualmente encalló las economías del Este de Asia dentro de la trampa de equilibrio de alto nivel.

La trayectoria europea, en contraste, fue una de creciente especialización en actividades bélicas a una escala geográfica cada vez mayor. Como William McNeill resumió:

“Dentro del rincón de Europa Occidental, un ejército moderno mejorado contendió arduamente contra sus rivales. Esto generó disturbios solamente locales y temporales en la balanza de poder, que la diplomacia probó ser capaz de contener. En los márgenes del radio de acción europeo, sin embargo, el resultado fue su sistemática expansión –ya fuera hacia India, Siberia o América–. La expansión de fronteras, a su vez, trajo la ampliación de la red comercial, el incremento de la riqueza sujeta a impuestos en Europa y creó el soporte para que las fuerzas militares fueran menos onerosas de lo que, de otra manera, hubieran sido. Europa, en poco tiempo, se lanzó a sí misma a un ciclo de autoreforzamiento que su organización militar sostuvo, a la par que ésta fue sostenida por la expansión política y económica a expensas de otros pueblos y formas de gobierno del planeta (1982: 143)”.

Este ciclo de autoreforzamiento constituye la “pierna” perdida de la historia de Frank. Proporciona una explicación mucho más convincente que la de Frank que se basa en el mercado que impulsa la revolución industrial llevando Europa por una trayectoria divergente respecto de Asia y generando el recentramiento eventual de la economía global en Europa. Ante todo, la revolución industrial que realmente importa desde una perspectiva global –es decir, el despegue de la producción masiva en la industria pesada y la introducción y difusión ulterior de los ferrocarriles y los barcos de vapor– fue principalmente resultado de una creciente carrera armamentista intra-europea financiada en buena parte con recursos extra-europeos. Como McNeill mismo subraya:

“tanto el volumen absoluto de producción como la mezcla de productos que salieron de las fábricas y avances británicos, en 1793-1815, fueron profundamente afectados por los gastos gubernamentales con fines bélicos. En particular, la demanda gubernamental creó una precoz industria de hierro, excesiva en tiempos de paz, como mostró la depresión de posguerra en 1816-20. Pero también creó la condición para el futuro crecimiento dando a los dueños ingleses del hierro incentivos extraordinarios para encontrar nuevos usos para productos más baratos, que sus enormes hornos eran capaces de fabricar. De este modo, la demanda militar sobre la economía británica fue tan grande como para determinar las fases posteriores de la revolución industrial, impulsando el progreso de las máquinas de vapor y la generación de innovaciones críticas como el ferrocarril y los barcos de hierro, posibles en un tiempo y bajo condiciones que simplemente no hubieran existido sin el ímpetu bélico a la producción de hierro. Descartar esta caracterización de la historia económica británica por “anormal” indudablemente revela un sesgo notable que parece haberse extendido entre los historiadores económicos (1982: 211-12)”.

Un sesgo similar –aunque desde una perspectiva globalológica– impide que Frank observe los orígenes político-militares de la revolución industrial y, desde ahí, el consecuente recentramiento de la economía global en

Europa. Seguramente, antes y después de 1793-1815, la bifurcación Oriente-Occidente en la dotación de recursos notada por Frank –escasez de capital y exceso de trabajadores en Oriente en contraste con escasez de trabajadores y exceso de capital en Occidente– fue, en efecto, lo que obró, primero, para crear las precondiciones y, luego, para sostener la revolución industrial en Occidente. Pero esta bifurcación no puede ser entendida por sí misma si no es a la luz de las trayectorias divergentes de los sistemas interestatales europeos y asiáticos a lo largo de los tres siglos precedentes.

Más específicamente, el ciclo de auto-reforzamiento de la intensa competencia interestatal político-militar que sostuvo y fue sostenida por la expansión territorial a expensas de los Estados y pueblos no europeos no sólo proporcionó el ímpetu necesario para el despegue de la producción masiva en las industrias pesadas. Antes y después de eso, también creó las condiciones para una desviación sistemática, al menos, de algunas de las economías de Europa Occidental del patrón de trabajadores abundantes y capital escaso que fue haciendo encallar una tras otra de las economías de Asia en la trampa del equilibrio de alto nivel. El mecanismo más obvio mediante el cual tales condiciones fueron creadas fue la expansión territorial misma. No solamente proporcionó con tal expansión a Europa, en palabras de Eric Jones, “un beneficio ecológico sin precedentes” (1981: 84). Igualmente importante y cercanamente relacionado con este beneficio, proveyó a los Estados europeos de canales de salida para el desarrollo lucrativo de su población excedente a través de la conquista, el asentamiento y aprovisionamiento de sus dominios ultramarinos en expansión. Esta constituye una explicación sobria y más convincente del fundamento que condujo a Europa, en comparación con otras regiones del mundo, a ser caracterizada por una escasez de trabajadores a pesar de su crecimiento demográfico superior al promedio mundial.

El mecanismo a través del cual la trayectoria de Europa Occidental fue produciendo una abundancia crónica de capital fue menos obvio pero igual de crucial. Como argumenté ampliamente en otro escrito (Arrighi, 1994), la intensa competencia político-militar que puso a los Estados europeos unos contra otros creó oportunidades extraordinarias para las capas capitalistas de la región de obtener beneficios a partir de ayudar a los Estados en competencia mediante la movilización de recursos monetarios dentro y al otro lado de la jurisdicción política de cada uno de ellos. Cambiando los grados, oportunidades de esta clase existieron también en otras regiones de la economía global. Pero en ninguna región se erigieron las redes e instituciones de crédito tan extensiva e inclusivamente como en Europa. Mientras más extensivas e inclusivas se volvieron estas

redes e instituciones, mayor fue su capacidad para concentrar excedentes de capital de todo el mundo en los mercados financieros de Europa.

Sospecho que aquí, finalmente, se encuentra la respuesta a la pregunta que Frank debió haberse formulado, pero nunca hizo, acerca del excedente occidental y la escasez oriental de capital a pesar del incesante flujo de medios de pago de Occidente a Oriente. Puesta simple y crudamente, la respuesta podría ser que, indudablemente en China, pero con diversos grados también en el resto de Asia, la acumulación de excedentes monetarios como un fin en sí mismo (o, más precisamente, como una fuente de poder por derecho propio), aunque innegablemente se presentaba, nunca adquirió la prominencia sistémica que tuvo en Europa. Las dos condiciones que hicieron la acumulación de excedentes monetarios tan beneficiosa en Europa –intensa competencia interestatal por el capital móvil y constante expansión geográfica del radio de acción europeo– sencillamente no existieron en Asia. Como resultado, el crecimiento de la riqueza nacional y un persistente excedente en la balanza de pagos no estuvieron asociados con una tendencia sistemática a generar excedentes de capital ni la variedad de instituciones financieras necesarias para movilizar e invertir rentablemente estos excedentes.

En contraste, en Europa el ciclo de auto-reforzamiento de McNeill de incremento de la capacidad militar, que sostuvo y fue sostenido por la expansión territorial a expensas de los Estados y pueblos no europeos, levantó otro ciclo complementario de auto-reforzamiento en el mundo de las altas finanzas. Es decir, la competencia interestatal por capital móvil en una siempre creciente escala geográfica sostuvo y, a la par, fue sostenida por la acumulación de un siempre creciente excedente de capital y por la formación de redes financieras cada vez más extensas y densas. Podría estar equivocado, pero toda la evidencia me ha convencido de que el secreto del recentramiento de la economía global en el siglo diecinueve hacia la previamente periférica y marginal Europa debe ser buscado en el desarrollo combinado (y desigual) de estos dos ciclos de auto-reforzamiento que sucedieron en el curso de los tres o cuatro siglos previos.

* * *

Una vez que ampliamos el ángulo visual para abarcar más de una de las tres piernas en las que, según admite el propio Frank, descansa su economía global, puede verse algo muy diferente a su “historia como fue realmente”. Por supuesto, esto mina su afirmación de haber movido el tapete bajo los pies de la teoría social

de Occidente. No obstante, sería un serio error tirar el niño de la meticulosa reconstrucción de Frank de los flujos globales de mercancías y dinero de inicios de los tiempos modernos junto con el agua sucia que corresponde a la afirmación de Frank de haber provisto la única concepción válida de los inicios del mundo moderno. La publicación, hace una década, de *Before European Hegemony* de Abu-Lughod inició una reorientación de las ciencias histórico-sociales en general y del análisis de los sistemas-mundo en particular que Frank ahora evoca apasionadamente. Cabe esperar que los notables logros de este libro, a pesar de todas sus debilidades, agreguen un nuevo momento a lo que, desde mi perspectiva, constituye una malograda reorientación necesaria.

Bibliografía

- ◆ Abu-Lughod, Janet (1989), *Before European Hegemony: The World System AD 1250-1350*. New York, Oxford Univ. Press.
- ◆ Anderson, Perry (1974), *Lineages of the Absolutist State*, London, New Left Books.
- ◆ Arrighi, Giovanni, (1994), *The Long Twentieth Century, Money, Power and the Origins of Our Time*, London, Verso.
- ◆ Arrighi, Giovanni, SILVER, Beverly, et. al., (1999), *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, Minnesota Univ. Press.
- ◆ Blaut, James M., (1993), *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, New York, Guilford Press.
- ◆ Braudel, Fernand, (1984), *Civilization and capitalism, 15th to 18th Century, III, The Perspective of the World*, New York, Harper & Row.
- ◆ Elvin, Mark, (1973), *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford, Stanford Univ. Press.
- ◆ Frank, Andre Gunder, (1998), *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, Univ. of California Press.
- ◆ Jones, Eric Lionel, (1981), *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- ◆ McNeill, William, (1982), *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force and Society Since AD 1000*, Chicago, Chicago Univ. Press.
- ◆ Murphey, Roads, (1977), *The Outsiders: The Western Experience in India and China*, Ann Arbor, Univ. of Michigan Press.
- ◆ Schumpeter, Joseph, (1963), *The Theory of Economic Development*, New York, Oxford Univ. Press.